



Revista de Relaciones Internacionales,
Estrategia y Seguridad

ISSN: 1909-3063

cinuv.relinternal@unimilitar.edu.co

Universidad Militar Nueva Granada
Colombia

Rucinque, Héctor F.; Velásquez, Ayra Luz
Geografía e historia: ¿reactivación de antiguas relaciones interdisciplinarias?
Revista de Relaciones Internacionales, Estrategia y Seguridad, vol. 2, núm. 2, julio-diciembre, 2007
Universidad Militar Nueva Granada
Bogotá, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=92720206>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

GEOGRAFÍA E HISTORIA: ¿REACTIVACIÓN DE ANTIGUAS RELACIONES INTERDISCIPLINARIAS?

Héctor F. Rucinke*
Ayra Luz Velásquez**

RESUMEN

El artículo se refiere al tema de las relaciones interdisciplinarias, supuestas o reales, que han ligado a través del tiempo a la geografía y la historia. El estudio pretende explorar y analizar las opiniones escritas de eruditos que concurren, en general, con el aserto de destacar cierto grado de interdependencia y cooperación de aquellas disciplinas, con base en el trabajo desarrollado por geógrafos e historiadores. Tanto en el campo científico como en el académico, la historia considera a la geografía como un auxiliar imprescindible, y viceversa. En la actualidad se presentan nuevas manifestaciones de tales relaciones, las cuales son discutidas y evaluadas en

Recibido: 5 de septiembre de 2007
Aceptado: 30 de octubre de 2007

* Geógrafos & Asociados, Bogotá; consultor; profesor visitante, Programa de Maestría en Geografía, Universidad de Córdoba, Montería, Colombia (2007). Lic. y Dr. en ciencias sociales, UPTC-Tunja, Colombia; M.Sc. (University of Wisconsin-Madison) y Ph.D. (Michigan State University), ambos en geografía. E-mail: >hfrucin@gmail.com <

** Geógrafa, M.Sc. cand., Programa de Maestría en Geografía, Universidad de Córdoba, Montería, Colombia (2007). E-mail: >ayraluz09@gmail.com <

términos de las propias tendencias de desarrollo teórico de la geografía histórica y la historia ambiental.

Palabras claves: relaciones historia-geografía – geografía – historia –geografía histórica – historia ambiental – ciencias sociales.

ABSTRACT

The paper deals with actual or assumed relationships that traditionally have linked geography and history. The purpose of the article is to explore and analyze written views of well-known scholars, generally agreed upon about the value of work performed by geographers and historians, and to make evident some degree of interdependence of those fields of knowledge. Both in scientific and academic terms history acknowledges geography as an irreplaceable support, and vice versa. Currently, new forms of academic interdependence are making their ways into the border area of the disciplines, a fact which is discussed and evaluated against the trends of the theoretical development of historical geography and environmental history.

Key words: geography-history relationships – geography – history – historical geography – environmental history – social sciences

GEOGRAFÍA E HISTORIA: ¿REACTIVACIÓN DE ANTIGUAS RELACIONES INTERDISCIPLINARIAS?

... una geografía histórica es teóricamente posible para cada uno de los períodos de la historia de cualquier región, debiéndose escribir separadamente para cada período; no hay, pues, una sino muchas geografías históricas.
Hettner (1927: 151)¹

El tema de las relaciones de la geografía con la historia ha sido recurrentemente discutido por los geógrafos, tanto que parecería redundancia insistir sobre lo mismo. No obstante, las circunstancias de que la literatura resultante esté escrita casi totalmente en idiomas distintos del español, y que los debates contemporáneos sobre teoría geográfica e histórica también se extiendan a las subdisciplinas derivadas de aquella relación, justifican un ensayo más de revisión erudita.

De hecho, individualmente todas las ciencias, tanto naturales como humanas, experimentan algún grado de interacción con otras. Así sea para compartir metodología y técnicas de

¹ Hettner (1927), cit. por Hartshorne (1939: 185), en traducción al inglés.

investigación, o incluso por tener como objeto de estudio particular fenómenos que interesan a otros, aunque con enfoques y propósitos diferentes, los practicantes de cualquier rama de la ciencia tienen que utilizar algo de lo que manejan colegas de otros campos. Esa interacción será más intensa en cuanto mayor sea la afinidad de los campos, por origen y tradición o preferencias temáticas, o por necesidades de apoyo mutuo, como lo observara por ejemplo Bowman (1934), en cuanto a relación de la geografía con las ciencias sociales, o más recientemente Capel (1987). El reto de formular y enfrentar ciertos problemas con bases teóricas más sólidas, sin embargo, estimula la incursión imaginativa en ámbitos metodológicos inesperados, como cuando el geógrafo analista acude a la física para desarrollar un modelo que explique la captación gravitacional de clientela entre centros competidores de mercado.

Casi dos milenios y medio de relaciones entre la historia y la geografía han dado lugar a numerosos intentos para examinar la interacción, o para aplicarla con propósitos específicos.

En el campo geográfico habría que destacar con el calificativo de clásicos dos trabajos de corte crítico, específicamente dedicados a examinar la relación en sí misma. El primero hace parte de *The nature of geography* (Hartshorne 1939: 175-188); el otro es el artículo de Darby (1953), con el que el prolífico autor británico enunciaba, entre otras cosas, los puntos de vista que orientaron toda una vida dedicada a aplicar sustantivamente el enfoque geohistórico, a su vez examinados exhaustivamente por otros (Williams 2002; Wynn 2003; Baker 1992). Menor es la dedicación de los historiadores, por lo menos en tratamiento que particularice la cuestión como lo han hecho los pares geógrafos que se citarán en este ensayo; no obstante, ellos también la especifican, como cuando en 1901 el historiador británico Rev. H. B. George expresara escuetamente el papel esencial de la geografía para que la historia pudiese ser entendida, en un libro que se publicaría luego en varias ediciones, según cita de Baker (2003: xi). De todos modos, la literatura acumulada es abundante, especialmente en lengua inglesa, y por lo demás no se limita a la producción posterior al capítulo de Hartshorne, ni a títulos que expresamente sean indicativos del tema. Quizás el más antiguo de los trabajos eruditos – singularmente dedicado a mostrar la inconveniencia de que esa asociación llegase hasta el extremo de juntar las dos asignaturas en una sola en la escuela – sea el de Bucher (1827, cit. por Hartshorne 1939). Pero hay evidencias anteriores a esto; y un trabajo moderno dedicado a examinar el tratamiento de la más general interacción sociedad-naturaleza por cierto abunda en cosas propias de la otra relación (Glacken 1996 [1967]). Tan importante sigue siendo la cuestión que en la actualidad todavía se publican estudios específicamente dedicados al tema, como *Geography and history* de Baker (2003), que se acaba de citar; la *Géographie historique* de Trochet (1998); *Introduction á la géographie historique* de Courville (1995); *Historical geography* de Butlin (1993); *Historical analysis in geography* de Norton (1984), y *Historische Geographie* de Jäger (1969), entre otros.

De una u otra manera, por razones metodológicas, pedagógicas o de especialización temática, en la actualidad se sigue especulando sobre la mutua dependencia de la historia y la geografía (cf., por ejemplo, Wishart 2004), lo que demuestra el vivo interés de los académicos contemporáneos por estas relaciones. De hecho, las dos ramas científicas a través de las cuales una y otra disciplina enfocan estudios con claros componentes de la otra, han reclamado notable atención teórica en el último medio siglo. Véase si no lo que acontece con la geografía histórica (e.g. el bien conocido “prólogo” de Sauer [1941, 2006], o las muy recientes observaciones de Capel [2006] y Holdsworth [2003 y 2004]), por una parte; y, por la otra, lo que provoca la atención de los historiadores cuando se trata de los problemas de historia ambiental, en donde campea el enfoque espacial (i.e. geográfico), reconocido o tácito, o en función erudita obligada de soporte bibliográfico (e.g. Castro 1997, 2002; Meléndez Dobles 2002; o Sorlin y Warde 2007). Con cierto detalle se examinarán, pues, los antecedentes históricos y situación contemporánea de los temas propuestos como objeto del presente escrito.

¿Concretamente, cómo han estado asociadas la geografía y la historia y cómo lo están en el presente? Para empezar, desde el puro comienzo de la organización civilizada de los grupos humanos – cuando se accede al estadio sedentario que generó la invención de la agricultura, la estructuración funcional de las comunidades, la invención de la escritura y el desarrollo de la ciudad – concurren tres elementos que le dan cohesión al grupo como entidad social: el idioma, el sentido de pertenencia territorial y la tradición cultural. Los dos últimos evolucionan como las primeras formas organizadas de conocimiento, gracias al perfeccionamiento del sistema de comunicación como lenguaje escrito: es el nacimiento simultáneo de una suerte de protohistoria y protogeografía, tan ligadas entre sí entonces como ahora lo siguen estando la historia y la geografía, como soportes de la fidelidad social de colectividades asociadas como naciones.

Como disciplinas eruditas, la historia y la geografía son creaciones occidentales, concretamente de los griegos. A través del tiempo su condición de manifestaciones casi gemelas de mentes curiosas, las refrenda el hecho de que las dos compartan la paternidad de uno de los grandes sabios helénicos, Heródoto de Halicarnaso (ca. 484-425 a.C.).² La palabra latina *historiae* proviene de un término griego, que significa investigación o búsqueda, o sea que la intención de Heródoto no era tan sólo contar o narrar eventos sino además investigarlos y explicarlos, junto con la descripción de los escenarios regionales en donde aquéllos ocurrieren,

² Heródoto es reconocido “padre” de la historia, un linaje solicitado también por muchos geógrafos para el correspondiente de su campo, en vista de la forma notablemente avanzada como aquél incorporó los estudios y observaciones geográficas en sus relatos históricos. Como geógrafos e historiadores – éstos siempre mucho más numerosos – no quisieron llevar su afinidad hasta tales extremos, los primeros adoptaron como alternativa paternal a Eratóstenes (ca. 273-192 a.C.). Los merecimientos de Eratóstenes parecen suficientes: haber utilizado por primera vez la palabra *geographein* y calcular con exactitud sorprendente la circunferencia terrestre.

generalmente a partir de la propia observación, pues fue uno de los viajeros más recorridos de la antigüedad (Fritz 1936). La reconstrucción de fenómenos geográficos pasados por Heródoto bien puede considerarse como el más remoto antecedente para la geografía histórica; también, por si fuese necesario otro argumento sobre el origen común de las dos disciplinas, a aquél se atribuye la vieja idea de que “toda historia debe ser tratada geográficamente y toda geografía, históricamente” (James y Martin 1981: 21, en trad.).

Esa primera forma de relación, originada en el hecho de que una y otra disciplina atrajesen la afición intelectual de un solo individuo y fuesen practicadas, bien conjunta o separadamente por él o ella, era de esperarse en un entorno en el que las ciencias todavía no estaban claramente individualizadas. Muchos siglos después, la misma ocurrencia se registra cuando la moderna parcelación de la ciencia estaba apenas en ciernes. A Humboldt, sin ir tan lejos, se le ve ejerciendo su universalismo con gran propiedad, cuando investiga y escribe, entre muchas otras materias, sobre Geografía de las plantas (Humboldt y Bonpland 1805), o sobre historia de la ciencia (Browne 1944), o, más en el ejercicio de generar bases documentales para el futuro, en su famoso *Essai politique sur le royaume de la Nouvelle Espagne* (1811, 1978). Similarmente, mucha de la obra de Ritter está impregnada de historia, campo al que el gran geógrafo estuvo muy tentado a dedicar íntegramente su vida académica. Aun más, el sesgo histórico en las preferencias temáticas de Vidal de la Blache, explicablemente derivado de su formación básica en historia, sin duda ninguna traza los orígenes de la gran tradición en geografía histórica dentro de la cual se ha desempeñado un amplio sector de la comunidad de geógrafos franceses.

Otra categoría de relación está representada por la manera como quienes trabajan en una de las dos disciplinas apoyan su investigación en herramientas metodológicas o técnicas de la contraparte. Los ejemplos más ilustrativos al respecto son la utilización de las técnicas de archivo para generar datos y el enfoque genético para el análisis de numerosos problemas por los geógrafos; o, por el otro lado, el uso del mapa y la aplicación de conceptos espaciales por los historiadores. Tal tipo de interdependiente asociación es lo que Capel denomina componente práctico de la relación:

Durante la edad moderna con frecuencia se dio una relación instrumental y práctica entre historia y geografía, particularmente en sus aspectos corológicos. La geografía y la cronología se consideraban las columnas básicas de la historia, de suerte que la geografía se convirtió en una ciencia auxiliar de la historia. Esta unión entre la historia y la geografía, basada en la tradición y en consideraciones prácticas, fue promovida al nivel teórico hacia finales del siglo XVIII por Kant, para quien las dos ciencias formaban un grupo aparte en el sistema científico en cuanto ellas estudian fenómenos únicos en tiempo, o en espacio (Capel 1981: 39, en trad.).

Una mayor integración del aporte teórico para la interpretación de fenómenos que estudian las dos disciplinas se puede identificar en trabajos más orientados al ámbito metodológico y

filosófico. Por ejemplo, la controvertida concepción genética del Estado por Ratzel, equiparándolo con un organismo que evoluciona a través del tiempo, supone un componente histórico en la explicación (Ratzel 1988, 2001); análogamente, pero al revés, otro célebre geógrafo político plantearía para la historia una manifiesta dependencia en la geografía para el análisis histórico (Mackinder 1904).

Es necesario observar que con el tiempo aquella faceta relacional interdisciplinaria ha dado lugar a versiones poco menos que de obvia e inevitable ocurrencia, pero también a otras muy complejas y controversiales. Lo primero, porque la geografía ya no limita su apoyo a la historia, sino que su capital disciplinario es tan utilizado para numerosas actividades académicas y prácticas que ya se le considera casi del dominio público, igual a como ocurre con la estadística y otras auxiliares. ¿Quién no aplica hoy la cartografía cuando quiere hacer comprensible un mensaje que implique espacio y los correspondientes atributos locacionales? ¿No está ocurriendo lo mismo con los SIG? Pero, por otra parte, en una dimensión esencialmente teórica, las nuevas corrientes de la discusión filosófica de las ciencias sociales reclaman tanto para la geografía como para la historia enfoques renovados con los cuales enfrentar de manera más científica los problemas, en tal grado que ya no son suficientes interacciones bilaterales sino estructuras conceptuales muy complejas que contribuyan a la construcción de teoría social, lo que, en concomitancia, contribuya a fortalecer la individualidad de cada ciencia. La crítica actual a la geografía cultural clásica de la escuela de Berkeley se fundamenta precisamente en la consideración de que el componente histórico con el que se pretendía interpretar los fenómenos culturales se restringía a los resultados producidos por la agencia antrópica a través del tiempo (cultura material), sin mayor o ninguna consideración de las ideas, valores y motivaciones que subyugaron el actuar de los agentes responsables de la acción (Guelke 1997). Esa crítica no alcanza, por supuesto, para descalificar la excelente contribución que en su tiempo, y dentro de su contexto paradigmático, hicieron Sauer y sus discípulos, como intento respetable y productivo de interpretar con visión genética los problemas de la geografía cultural.

Definitivamente, la más patente concreción de las relaciones interdisciplinarias entre geografía e historia es la aparición de ramas muy interesantes de la geografía humana y de la historia, respectivamente denominadas geografía histórica e historia ambiental. ¿Qué es, cómo y cuándo adquirió la geografía histórica una identidad subdisciplinaria reconocible? Antecedentes aparte, habría que concordar con dos cosas: primera, la idea de que el campo tomaría forma después de Ratzel – y de Vidal de la Blache, si se quiere – en una de esas zonas fronterizas altamente estimulantes, como la que se analiza, donde ciertos fenómenos claman por la mirada analítica histórica y antropogeográfica por igual; y segunda, la obvia circunstancia de que una comunidad de eruditos haya adoptado el nuevo enfoque como su especialidad de hecho. Da la impresión de que las primeras décadas del siglo XX solo registraran casos aislados de geógrafos que

incursionaban esporádicamente en el nuevo territorio geohistórico, como por brevedad se calificara la especialidad.

No obstante, la historia de la geografía general registra, en primer término, lo realizado por los franceses en esos años, en tal grado de importancia que se referirá por separado. La divergente corriente de la geografía humana norteamericana, a la vuelta del siglo XIX y durante por lo menos tres décadas, habría de ocuparse del tema de las relaciones de la geografía y la historia, no tanto en el sentido de geografía histórica, sino como parte de la argumentación determinista. Como resultado de esa preocupación se publicaron varios libros y artículos, por ejemplo los de Semple (1903), Brigham (1903) y Huntington (1924). Si bien sus puntos de vista estaban equivocados y fueron rebatidos en poco tiempo, permanecen como muestra de un primer intento de los geógrafos para orientar la investigación por el lado social de la geografía mediante la formulación de hipótesis explicativas y guías para la indagación de un problema científico.

A Francia se le acredita una respetable tradición por el modo como la geografía ha incorporado la historia entre sus elementos de análisis más distintivos, en especial en lo que concierne a la geografía humana. Ello era de esperarse si se considera que Vidal de la Blache, el gran "viejo" de la geografía francesa fue inicialmente formado y doctorado como historiador. También, si se escudriña un poco en los antecedentes de la fase moderna iniciada por Vidal, nos encontramos con nombres como el de Louis-Auguste Himly, nacido en Estrasburgo en 1823, quien fuera nombrado titular de la cátedra de geografía de la Sorbona en 1852, a pesar de que su formación siempre fue en el campo histórico. Otro historiador, Auguste-Honoré Longnon, no solo escaló posiciones académicas para servir como geógrafo, sino que a finales del siglo XIX se destacó como uno de los promotores de lo que podría llamarse la geografía histórica pre-moderna francesa (Butlin 1993). Pero, más allá del sentido histórico que se inscrustó en la geografía humana de la *tradition vidalienne*, como puede notarse en los contenidos difundidos a través de los *Annales de Géographie*, en Francia se desarrolló una escuela propia de geografía histórica, aunque quizás no con la importancia relativa como ha ocurrido en Inglaterra o en Estados Unidos.

Tal vez quien pretendió imponerle a la geografía orientaciones desde fuera, posando como historiador y abanderado del posibilismo, fue precisamente el francés L. Febvre (1922). Él no era geógrafo pero, con la idea de continuar un supuesto debate de Vidal de la Blache (quien había fallecido en 1918) contra la igualmente supuesta heredad determinista de Ratzel, tejió una argumentación amañada que no trascendió en mayor grado. Sauer, quien estaba lejos de ser determinista, descalificó al autor de *La terre et l'évolution humaine* y a su prologuista, quienes, según su opinión, "no estaban realmente familiarizados con el pensamiento geográfico" (Sauer 1925: 348, en trad.)

La geografía histórica ha sido definida de variable manera por sus practicantes. Incluso Carl Sauer, poco propenso a restringir sus campos de interés por talanqueras definitorias opinaba en 1925 que la geografía histórica tendría por objeto “la serie de cambios que han ocurrido en los paisajes culturales, lo que en consecuencia implica la reconstrucción de paisajes culturales preteritos” (Sauer 1925: 344, en trad.). Butlin (1993: 25-26) cita también las definiciones de Jones (1925) y Gilbert (1932) y la suya propia, las cuales se transcriben enseguida en traducción:

Si la geografía ha llegado a definirse como el estudio de la interrelación del hombre con su medio ambiente físico, entonces toda geografía es geografía histórica, de la misma manera como todas las materias de estudio son una parte de la historia, o por lo menos tienen su correspondiente aspecto histórico (Jones 1925: 250, cit. por Butlin 1993:25).

La geografía histórica debe limitarse al recuento descriptivo de una región tal como eran sus rasgos en un período pasado dado, sin comprometerse a hacer de la explicación de eventos históricos su objetivo principal [...] La geografía histórica combina los métodos de la geografía regional con los de la crítica histórica [...] siendo obvio que quienes intentan este trabajo deban formarse en métodos de investigación tanto históricos como geográficos (Gilbert 1932: 132, cit. por Butlin 1993: 26).

La geografía histórica es [...] el estudio de las geografías de tiempos pasados, mediante la reconstrucción imaginativa de fenómenos y procesos claves para nuestra comprensión del dinamismo de las actividades humanas, concebidas en amplio contexto espacial, tales como el cambio en la evaluación y uso de los recursos humanos y naturales, en la forma y funciones de los asentamientos humanos y del entorno construido, en los avances en cantidad y formas del conocimiento geográfico, y en el ejercicio del poder y control sobre territorios y pueblos (Butlin 1993: 1).

La publicación de libros y artículos especializados en temática geohistórica poco a poco daría cierto grado de institucionalización a la nueva subdisciplina. No es el propósito del artículo compendiar toda la literatura disponible, pero sí deben reconocerse a título de ejemplos perdurables publicaciones sobre casos sustantivos hechas en el Reino Unido y Estados Unidos, como las de Darby (1936, 1973) y Brown (1943, 1948), e incluso algo anterior publicado por los deterministas (e.g. Semple 1903), aunque para ellos el propósito no era propiamente la reconstrucción de geografías pasadas per se, sino la explicación de la historia (cultura) por medio del factor geográfico.

La geografía histórica contemporánea, i.e. la desarrollada a partir de la segunda posguerra mundial, sin duda ninguna debe mucho al impulso que se le diera en el mundo de habla inglesa. Tal desenlace favorable pudiera parecer inesperado, si se considera la posición no muy positiva sobre la subdisciplina asumida por Hartshorne a través de su influyente volumen de 1939. Lo planteado por él fue tan importante como para ameritar cierto espacio en

este ensayo. Para empezar, Hartshorne situó sus observaciones en el contexto de controversias del Viejo Mundo que involucraron a Spethmann contra Hettner, Philippon y Gradmann, sobre la idea de una geografía genética, más dinámica, como era la posición del primero de ellos. Hartshorne cuestionó el punto de que toda geografía debiera implicar una dimensión histórica, en el sentido de que para estudiar la geografía actual de cualquier región fuese necesario producir introducciones históricas, trabajo para el cual él consideró pocos geógrafos están capacitados, textos que con dificultad se pueden distinguir de lo que se hace en el campo histórico propiamente dicho. El enfoque genético – que Hartshorne reconoce como válido y necesario en el tratamiento de muchos problemas geográficos – no implica que el geógrafo tenga que involucrarse en exploraciones minuciosas para las cuales no todos disponen de las herramientas metodológicas adecuadas. Explícitamente él excluye de su argumentación cualquier intención de descalificar trabajos exitosamente logrados con tal enfoque, como los de Sauer, o los que se pudieren acometer en el futuro. Hasta qué punto un trabajo que explore las bases históricas de un problema contemporáneo es geográfico, o cómo pasa a ser considerado historia con importantes ingredientes geográficos en su explicación, es algo que cae dentro de la subjetividad del análisis. En qué medida importa esto es, si no controversial, sí considerado por muchos carente de relevancia crítica; al contrario, en este caso, como en cualquier ámbito fronterizo disciplinario, es donde se generan oportunidades para la innovación metodológica y la producción de resultados a cual más interesantes y propulsores de estudio adicional. La conclusión sobre el particular es que “la geografía requiere el concepto genético, pero sin convertirse en historia” (Hartshorne 1939: 184, en trad.).

En lo que concierne a la geografía histórica, aquel autor partía de la premisa de que aquella “nos es una rama de la geografía comparable con la geografía económica o la política. Ni tampoco es la geografía de la historia, ni la historia de la geografía. Es más bien otra geografía, completa en sí misma, con todas sus ramas” (Hartshorne 1939: 184-185, en trad.). Aunque aceptando argumentos de Hettner, reconoce que el significado del término “histórica” en este caso no implica una directa conexión con el campo de la historia, sino que se usa en el sentido de significar “pasado”, Hartshorne precisa que:

De seguro, en geografía histórica va involucrada una relación práctica con el campo de la historia, en cuanto que los datos para un estudio de esta naturaleza deben generarse en gran parte a partir de materiales “históricos”. Más todavía, el historiador de un período pasado puede tener interés en la geografía histórica de ese período, en la medida en que aquel conocimiento sea necesario para la comprensión de su historia, pero esto no difiere del interés que un historiador del presente período pueda tener de la geografía actual (Hartshorne 1939: 185, en trad.)

La evaluación hartshorniana discrepa de la opinión de Hettner (1927: 151) en el sentido de que “el cultivo de la geografía histórica debería quedar principalmente en manos de los

historiadores”, con base en argumentos sólidos en contra, elaborados por Ralph Brown, en cuanto que, según éste, se trata es de manejar materiales geográficos simplemente en contexto distinto del presente. En consecuencia, admite la existencia independiente del campo, por el propio reconocimiento de una comunidad que lo practica: “Que la geografía histórica se considere simplemente como la geografía de períodos pasados es una visión sobre la que quizás existe más acuerdo entre los geógrafos que sobre casi cualquier otro asunto de definición en nuestro campo” (Hartshorne 1939: 185).

En la geografía histórica más reciente es pertinente registrar varios hechos interesantes. Uno es la notable expansión en el número y calidad de los practicantes y el consiguiente incremento de la producción bibliográfica. El otro, aparentemente contradictorio, es la persistencia de lo que Butlin (1993: 49) denomina “geografía histórica clásica o tradicional”, frente a debates que reclaman del geógrafo historiador una más activa participación en los procesos de cambio teórico y filosófico de la geografía en general, y replanteamiento de la relación clásica historia-geografía. Se ha llegado incluso a cuestionar la propia existencia del campo, como ocurre en el caso de las tesis de F. Driver quien aboga por una mayor historicidad en la geografía humana, concluyendo que “cualquier división entre una geografía humana sin componente histórico, orientada hacia la actualidad, y una geografía histórica orientada al pasado, ya es insostenible” (Driver 1988, cit. por Butlin 1993: 45, en trad.). El argumento esgrimido por una mayor utilización de elementos históricos en la geografía del tiempo presente no tiene mayor solidez, pues el que tal enfoque se practique (como en efecto se ha hecho desde siempre), no tiene por qué implicar que las geografías del pasado desaparezcan; por otra parte, la especialidad ha desarrollado ya su propia metodología y la construcción de una buena cimentación teórica no es ningún imposible, si es que ya no ha avanzado lo suficiente como para mantener identidad disciplinaria propia. Si se quiere fortalecer la geografía humana, en general, por la misma línea argumental, sería entonces discutible que ramas como la geografía cultural, o la política, mantuviesen sus separadas identidades.

La identidad propia de la geografía histórica se sostiene en los hechos que configuran su quehacer desde los años 50 del siglo anterior. Para empezar, figuras como Harold C. Darby en Cambridge (Baker 1992), Ralph Brown en Minnesota y especialmente Andrew H. Clark en Wisconsin, en la cátedra y en publicaciones, enrumbaron la geografía histórica hacia la modernidad e institucionalización plena. El *Journal of Historical Geography*, fundado por Clark como contribución angloamericana a la consolidación del campo, complementaría publicaciones especializadas fundadas en otras partes (*Historical Geography*, del Japón; *Historická Geografie*, República Checa; *Historisch-Geographisch Tijdschrift*, Países Bajos). Una mayor interacción de los practicantes se lograría poco a poco en reuniones internacionales (e.g. parti-

cipación en los Congresos Internacionales de Historia, como el de Bruselas, 1930, con sesiones sobre geografía histórica, algo que también se logró dentro de los Congresos Geográficos Internacionales).

Un crítico contemporáneo no concuerda tanto con el nombre de Brown, pero sí con Darby y Clark, más Sauer y Meinig (1989), cuatro figuras a las que considera responsables del desarrollo sustantivo y pedagógico de la geografía histórica, si bien todos ellos despreocupados de algo muy importante como lo es la filosofía de la historia. Como resultado, observa Guelke (1997: 217), “la visión de la geografía histórica que ellos manejaron falló en la consideración de cuestiones relacionadas con el significado de la historia, concepción que a todas luces es paradójicamente ahistórica”. Ello significaría, según el autor citado, interpretar tácitamente la historia como el equivalente de “historia natural”, un tipo de “recuento más empírico que teórico de la naturaleza (incluida la humanidad), entendida como espectáculo digno de ser categorizado, ordenado y descrito por el observador” (Guelke 1997: 217, nota 3). El crítico evalúa a cada uno de estos personajes para concluir que todos tienen un sesgo empírico que contrasta con los puntos de vista encomiablemente teóricos de Hartshorne, a los que se ha hecho referencia en otra parte de este escrito.

Un buen espacio de su análisis le dedica Guelke a Andrew Clark. Clark fue uno de los discípulos de Sauer en Berkeley, que se dio a conocer como geógrafo historiador al publicar en 1949 su disertación doctoral titulada *The invasion of New Zealand by people, plants and animals: The South Island*. Para Clark la geografía histórica era una geografía del pasado, en cuanto su tratamiento discurre como “cambio geográfico a través del tiempo” (Clark 1954: 70, cit. por Guelke 1997: 221, en trad.; 1960). Tal idea claramente concordaba con los puntos de vista de Hettner y Hartshorne, este último colega y amigo muy cercano de Clark en Madison, Wisconsin.

Como era de esperarse, la geografía histórica más reciente ya está experimentando transformaciones teóricas importantes. Los geógrafos historiadores más jóvenes – muchos de ellos discípulos de Clark – más o menos concuerdan, por ejemplo, sobre la necesidad de “fortalecer el componente humano de la geografía histórica y de considerar las ideas de quienes construyen los paisajes y aun de su significado simbólico” (Guelke 1997: 222, en trad.). En otras palabras, ir mucho más allá de la reconstrucción de los paisajes en términos de la cultura material, incluyendo la superestructura social, desde las ideas y sistemas de valores de los agentes humanos que construyeron las geografías pretéritas, hasta sus percepciones del futuro. Al respecto, Carr elabora sobre la conducta relacional del hombre con su entorno en perspectiva pluridimensional, en cuanto “desde el punto de vista del agente, una acción tiene su propio ‘entorno’ temporal, en el que el presente de la acción perdura en relación con su pasado y su futuro. El tiempo de una acción no puede concebirse fuera de ese entorno más de lo que su lugar lo puede ser sin sus alrededores” (Carr 2001: 158). Y agrega más adelante:

Desde luego, por su condición de ser humano el agente está (o estuvo) en el mundo real, pues de otro modo el historiador presumiblemente no estaría interesado en él. Y esto significa que él se encuentra en espacio y tiempo reales. Pero el agente también tiene un mundo, un medio circundante en el más amplio sentido, que incluye rasgos tanto espaciales como temporales, los últimos involucrando pasado y futuro (Carr 2001: 160, en trad.).

De qué manera el geógrafo historiador practicante puede sustanciar tales enfoques en la investigación de realidades pasadas, es algo para especular dentro de un contexto disciplinar que mientras tanto sigue orientado en gran medida por los conceptos y métodos de la geografía histórica clásica. Pero ya los fermentos de cambio están en marcha. Se insiste en que los geógrafos históricos acometan una radical reestructuración de la disciplina alrededor de un nuevo concepto de historia. Quizás sería saludable, piensan algunos, que los geógrafos históricos se impusieran de antecedentes teóricos innovadores relativamente lejanos por el lado de la historia, por ejemplo de los conceptos críticos presentados hace más de medio siglo en el trabajo pionero de Robin G. Collingwood (1946). Adentrarse en la filosofía de la historia es, por supuesto, un requisito intelectual básico tanto para historiadores ambientales como para geógrafos históricos, empezando quizás con el examen de las tesis de Braudel, presentadas en *La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II* (1949) y los numerosos ensayos que sobre esta y otras obras se han escrito (e.g. Bailyn 1951). Ello, a partir de la circunstancia de que los propios conceptos y método, i.e. teoría, de la geografía, en general, ya llevan décadas bajo el escrutinio crítico de inconformes y reformadores. La transformación de la geografía histórica, arguye uno de los críticos ya citados, "implica que los geógrafos historiadores vayan más allá de una conceptualización temporal de la historia e incluyan una idea de historia que les permita ganar comprensión sobre cómo ha visto la gente su lugar en el mundo y cómo se ha relacionado con sus semejantes en el medio físico". Y agrega:

La comprensión de los valores humanos y de las relaciones de poder que aquéllos entrañan, ofrece las bases para una nueva geografía histórica – una geografía histórica que estimularía los geógrafos a mirar las actividades humanas en la tierra como expresiones del pensamiento humano (Guelke 1997: 224-225).

Este autor considera que si encontramos a la historia ocupada con las experiencias únicas de un pueblo, dentro del contexto de las interacciones gente-gente, parece entonces que existe un papel lógico para la geografía, concebida como el estudio de las maneras también únicas como la gente se ha relacionado con el medio físico que ellos habitan. Esto nos proporciona dos disciplinas estrechamente relacionadas. Guelke conceptúa que de esa manera la geografía histórica se convierte en un campo geográfico genuinamente histórico, "sin que en modo alguno tenga que sacrificar muchos de sus objetivos tradicionales" (Guelke 1997: 226), pero eso sí incorporando un interés específico por la filosofía de la historia.

La sumatoria de esfuerzos realizados durante un siglo o más para consolidar la geografía histórica como una disciplina más o menos independiente es, pues, amplia e interesante. Franceses, británicos y norteamericanos han aportado cuotas importantes de trabajo, cuyo examen detallado escapa al espacio limitado de este artículo. Tal vez el recuento de las contribuciones secuenciales de los norteamericanos ayude a comprender mejor lo ocurrido en otros países. Primero se encuentran los geógrafos historiadores de la corriente determinista, seguidos sucesivamente por los de las escuelas de Sauer y Clark, hasta llegar a la fase crítica de los años 70 y siguientes. En el final contemporáneo, los puntos de vista encontrados de humanistas, estructuralistas, marxistas, en fin, posmodernistas de muy variada orientación filosófica e ideológica, concurren con neoclásicos para hacer casi imposible la adopción de un paradigma universal en geografía histórica. Es un patrón común en otras partes del mundo. Un trabajo reciente publicado en español por Van Ausdal (2006) reconstruye muy bien el proceso, en lo que a Estados Unidos se refiere. Complementario de este estudio es la evaluación que hacen otros analistas sobre el desarrollo de la historia ambiental (Sorlin y Warde 2007).

Al mismo tiempo que la geografía histórica experimentaba alguna evolución en la primera mitad del siglo XX, se daban las condiciones para que el antiguo tema de las relaciones sociedad-naturaleza – propuesto como objeto de estudio sistemático por Ratzel – empezara a tomar cuerpo el fermento de una nueva manera de aproximar tal estudio. El desarrollo de la ecología – y más adelante – la teoría de sistemas ofrecían conceptos e instrumentos metodológicos innovadores, a partir de los cuales Barrows, un distinguido geógrafo de la escuela de Chicago, elaboró una propuesta para caracterizar la geografía como “ecología humana” (Barrows 1923; Koelsch 1969). Aunque aquello no trascendió en mayor medida, si puede decirse que habría de alertar a los geógrafos sobre la necesidad de hacer a un lado el estigma determinista e incluir en sus preocupaciones la cuestión ambiental. En realidad, desde el siglo XIX ya se habían conocido planteamientos serios sobre este tema, como los de George Perkins Marsh (1864), pero en aquellos años el impacto antrópico sobre el entorno natural era limitado y no pasaba de ser una preocupación de académicos. La segunda posguerra, sin embargo, puso al descubierto situaciones que ameritaban consideración (expansión demográfica, urbanización, deterioro ambiental generalizado); tanto como para que tal impacto fuese sometido al escrutinio y análisis de autoridades mundiales convocadas por Sauer en Chicago en 1955, en un célebre simposio sobre el “papel del hombre en la transformación de la faz de la tierra” (Thomas 1956). De ahí en adelante, las alarmas sonadas en el simposio y en un creciente número de eventos y publicaciones atrajeron el interés público y el de variadas comunidades científicas. Obviamente los biólogos, pero también los practicantes de las ciencias sociales como la economía, la sociología, antropología y la historia, entre otras, consideraron que la cuestión ambiental debería ser parte de sus agendas de investigación y análisis. Los geógrafos, enfrascados en los años 60 y 70 en el debate de la revolución cuantitativista, relativamente descuidaron su participación en el tema ambiental; no así los

historiadores, que vislumbraron ahí una interesante nueva área de estudio, para explicar desde su punto de vista los antecedentes de la creciente crisis global.

Así tomó forma desde finales de la década de los 60 la historia ambiental, cumpliéndose la admonición que alguien hiciera alguna vez: si los geógrafos no hacen el trabajo que les corresponde, otros lo harán. En Estados Unidos la nueva subdisciplina rápidamente sumó adherentes, de modo que en 1975 se constituyó la Sociedad Norteamericana de Historia Ambiental (American Society for Environmental History, ASEH), dotada de una excelente revista que rápidamente evolucionó, a partir de 1990, para convertirse en una publicación de amplia circulación. *Environmental History* no sólo llega hoy a los miembros de la ASEH, sino que, mediante arreglo con The History Cooperative, es genuinamente global, pues todos los artículos que publica pueden leerse gratis en red (>www.historycooperative.org<). Una revista similar, *Environment and History*, se publica en el Reino Unido por la Universidad de Nottingham, pero es más interdisciplinaria aunque difunde muchos artículos de historia ambiental y de geografía histórica (es editada por geógrafos).

A partir de un número de trabajos básicos destinados a sentar las bases teóricas del nuevo campo (e.g. Worster 1984; White 1985, 1990; Crosby 1995; Stewart 1998), “la historia ambiental, como la define y practica una nueva generación de historiadores, ha llegado a ser muy productiva”, admite un geógrafo tan reconocido como Alan Baker (2003: 80). No obstante, hay críticos que sostienen que después de una generación de existencia, la historia ambiental todavía carece de suficiente respetabilidad y reconocimiento fuera de su comunidad académica y que en sí misma no se ha involucrado suficientemente en trabajo conceptual y teórico, ni menos en los compromisos que las ciencias sociales adoptan para beneficio general de la sociedad (Sorlin y Warde 2007). Pero otros registran como de gran madurez los trabajos de muchos historiadores ambientales. Por ejemplo, como hito de esa producción, Baker destaca el libro *Nature’s metropolis: Chicago and the Great West*, de William Cronon (1991),

...un estudio monumental del deletéreo impacto producido por el desarrollo económico y urbano sobre el medio ambiente del Oeste norteamericano durante el siglo XIX. Para tan inspirador estudio histórico, el mismo Cronon sacó inspiración de una amplia gama de conceptos geográficos, tales como hinterlands urbanos y la interdependencia de las ciudades con sus campos aledaños, las zonas de uso del suelo de von Thünen y las jerarquías de los asentamientos de Christaller, lo mismo que las relaciones tiempo-espacio y la organización social del espacio. El libro de Cronon fue un producto maravilloso del encuentro entre el pensamiento histórico y geográfico (Baker 2003: 81, en trad.).

Baker refiere signos de apreciación entre algunos geógrafos históricos e historiadores ambientales por lo que hacen unos y otros, que si no pueden calificarse de negativos, si muestran cierto interés de los segundos en subvalorar lo hecho por la geografía en el estudio de temas comunes; y, por el otro lado, la idea de que la historia ambiental adeuda a la geografía la mayor porción de

sus conceptos y metodología. Sin embargo, como él mismo lo apunta, “la historia ambiental se desarrolló en gran medida de manera independiente de la geografía histórica, a pesar del carácter obviamente a traslazo de sus intereses” (Baker 2003: 82). Además, las relaciones entre las dos comunidades han sido generalmente cordiales y respetuosas. Precisamente en un número especial de la *Geographical Review* en el que colaboraron tres geógrafos historiadores y tres historiadores ambientales, Craig E. Colten destacaba que éstos basan su interés en “la discusión del medio ambiente como uno de los agentes de los eventos históricos”, en tanto que aquéllos “durante mucho tiempo han considerado el medio ambiente como el escenario para la acción humana, un entorno dinámico sobre el cual las sociedades pasadas crearon sus geografías a través de procesos transformadores o interactivos” (Colten 1998: i). Si bien pareciere que los linderos disciplinarios entre los dos campos cada vez más actúan como filtros a la cooperación, sus practicantes han de convenir que sus objetivos y prácticas permanecen tan estrechamente asociados que “no está fuera de lugar preguntar si alguna distinción subsiste más allá de las etiquetas disciplinarias y sus cimientos intelectuales”. Agrega Colten que “aunque algunos geógrafos historiadores han dejado oír su voz de alarma sobre la invasión de nuestros campos por los historiadores, yo he hallado que son intrusos constructivos, con mucho que compartir. En verdad, ellos son excelentes vecinos y colaboradores” (Colten 1998: iv).

En América Latina debe reconocerse un gran contraste de desarrollo entre la historia ambiental y la geografía histórica. A pesar del esfuerzo de investigación que hicieron Sauer y sus discípulos en varios de estos países, los geógrafos latinoamericanos poco imitaron y menos produjeron. James J. Parsons, por ejemplo, dejó en Colombia estudios sobre procesos geohistóricos de gran calidad, empezando por su propia disertación (Parsons 1961). Nada hay de la producción de geógrafos historiadores colombianos que se le pueda comparar, si bien ya se registran intentos serios de investigación, como el de J. A. Blanco (Rucínque 1995). Por contraste, los historiadores ambientales latinos – apoyados por algunos geógrafos – están desarrollando notable actividad, centrada en una organización internacional que dirige Guillermo Castro desde Panamá. ¿Razones? Probablemente este desequilibrio sea debido al mayor desarrollo universitario que ha tenido la historia en la región. Solamente dos países, México y Brasil, contaban con escuelas de geografía antes de 1960, por lo que no es raro que sea en ellos donde la geografía histórica ha tenido buen desarrollo. Sería muy provechoso que la experiencia de la Sociedad Latinoamericana de Historia Ambiental fuese complementada en el futuro cercano con el equivalente de una organización hispanoamericana de geógrafos historiadores.³ La propuesta no apunta a generar oposición a lo que otros realizan, pues evidentemente

³ En Colombia la geografía histórica apenas cuenta con la iniciativa reciente de la Asociación Colombiana de Geógrafos (ACOG), que estableció GeoHistórica, un Grupo de Investigación que también contará con el aval institucional de la Universidad de Córdoba (Montería) y la Universidad Militar Nueva Granada (Bogotá). Un sitio web está siendo desarrollado para promover el Grupo: > <http://geohistorica.acoge.net> <

trabajo hay de sobra por hacer, ni a promover controversia distinta de la académica. Lo que habría de buscarse sería la cooperación y el intercambio teórico y metodológico para que los dos campos lleguen a producir resultados comparables a los que uno y otro tienen para mostrar en Europa y América del Norte.

La relación historia-geografía, como puede verse en el presente artículo de revisión, así sea expresamente reconocida o soslayada por quienes la comparten, se mantiene incólume en el mundo académico y científico contemporáneo. De hecho, en las ciencias sociales se presenta una notable convergencia, que reintegra sus intereses y las involucra en el común cometido de construir teoría social. Esa tendencia ha favorecido notoriamente tanto a la geografía como a la historia, a la primera reafirmando esencialmente como parte de la comunidad científica social, a la segunda proporcionándole los estímulos, instrumentos teóricos y nuevas temáticas y objetivos que la confirman como ciencia moderna. Las posibilidades de cooperación y avance disciplinario compartido entre geógrafos e historiadores parecen hoy más estimulantes que nunca, siendo la geografía histórica y la historia ambiental los escenarios tangibles para esa interacción fortalecida. Paradójicamente, sin embargo, los propios progresos metodológicos que facilitan la individualización de aquellos campos como ciencias independientes, podrían llegar a estorbar con el tiempo la asociación secular que ha hecho cercanas a la historia y a la geografía durante más de dos milenios. Sería de esperar que geógrafos historiadores e historiadores ambientales promuevan programas conjuntos que sirvan para remover los muros que empiezan a tomar altura entre las nuevas disciplinas. Al fin de cuentas todos ellos provienen de familias tradicionalmente emparentadas, y comparten intereses y objetivos a veces muy difíciles de diferenciar.

BIBLIOGRAFÍA

Bailyn, Bernard. 1951. Braudel's geohistory – A reconsideration. *The Journal of Economic History*, 11 (3), Part 1: 277-282.

Baker, Alan R. H., ed. 1972. *Progress in Historical Geography*. London, Newton Abbot.

Baker, Alan R. H. 1992. Henry Clifford Darby, 1909-1992. *Transactions of the Institute of British Geographers, New Series*, 17 (4): 495-501.

Baker, Alan R. H. 2003. *Geography and history – Bridging the divide*. Cambridge, UK, Cambridge University Press.

Barrows, Harlan H. 1923. Geography as human ecology. *Annals of the Association of American Geographers*, 13: 1-14.

Bowman, Isaiah. 1934. Geography in relation to the social sciences. New York, Report of the Commission on the Social Studies, Part 5, American Historical Association.

Brigham, Albert P. 1903. Geographic influences in American history. Boston, Ginn & Company.

Brown, Ralph H. 1943. Mirror for Americans: Likeness of the eastern sea border, 1790-1810.. New York, American Geographical Society.

Brown, Ralph H. 1948. Historical geography of the United States. New York, Harcourt and Brace.

Browne, C. A. 1944. Alexander von Humboldt as historian of science in Latin America. *Isis*, 35 (2): 134-139.

Bucher, August Leopold. 1827. Von den Hindernissen, welche der Einführung eines besseren Ganges beym Vortrage der Erdkunde auf Schulen im Wege stehen. Cöslin.

Butlin, Robin A. 1993. Historical geography – Through the gates of space and time. London, Edward Arnold.

Capel, Horacio. 1981. Institutionalization of geography and strategies of change. In Geography, ideology and social concern, ed. by D. R. Stoddart (Totowa, NJ, Barnes & Noble Books), 37-69.

Capel, Horacio. 1987. Geografía humana y ciencias sociales: Una perspectiva histórica. Barcelona, Editorial Montesinos.

Capel, Horacio. 2006. El VIII Coloquio Internacional de Geocrítica. Una geografía histórica para construir el futuro. Scripta Nova. Revista electrónica de geografía y ciencias sociales. Barcelona: Universidad de Barcelona, 1 de agosto de 2006, vol. X, núm. 218 (001). Online, acceso octubre 2007: <http://www.ub.es/geocrit/sn/sn-218-001.htm>

Carr, David. 2001. Place and time: On the interplay of historical points of view. *History and Theory*, 40 (4): 153-167.

Castro Herrera, Guillermo. 1997. The environmental crisis and the tasks of history in Latin America. *Environment and History*, 3: 1-18.

Castro Herrera, Guillermo. 2002. Naturaleza, sociedad e historia en América Latina. En: *Ecología Política*, comp. Héctor Alimonda (Buenos Aires, CLACSO), 83-99. Online, acceso, 7-31-2005:

Clark, Andrew H. 1949. The invasion of New Zealand by people, plants, and animals: The South Island. New Brunswick, N.J., Rutgers University Press.

Clark, Andrew H. 1954. Historical geography. In *American geography: Inventory and prospect*, ed. by P.E. James and C.F. Jones (Syracuse, NY, Syracuse University Press): 71-105.

Clark, Andrew H. 1960. Geographical change: A theme for economic history. *The Journal of Economic History*, 20 (4): 607-613.

Clark, Andrew H. 1972. Historical geography in North America. En *Progress in Historical Geography*, ed. Alan R. H. Baker (London, Newton Abbot): 129-143.

Collingwood, R. G. 1946. *The idea of history*. Oxford, Oxford University Press.

Colten, Craig E. 1998. Historical geography and environmental history. *Geographical Review*, 88 (2): iii-iv.

Courville, Serge. 1995. *Introduction á la géographie historique*. Sainte-Foy, Québec, Presses de l'Université Laval.

Cronon, William. 1991. *Nature's metropolis: Chicago and the Great West*. New York, W.W. Norton & Co.

Crosby, Alfred W. 1995. The past and present of environmental history. *The American Historical Review*, 100 (4), 1177-1189.

Darby, H. C. 1936. *A historical geography of England before a.D. 1800*. Cambridge, Cambridge University Press.

Darby, H. C. 1953. On the relations of geography and history. *Transactions of the Institute of British Geographers*, N° 19: 1-11.

Darby, H. C., ed. 1973. *A new historical geography of England*. Cambridge, Cambridge University Press.

Darby, H. C. 1977. *Domesday England*. Cambridge, Cambridge University Press.

Driver, F. 1988. The historicity of human geography. *Progress in human geography*, 12: 497-506.

Febvre, Lucien. 1922. *La Terre et l'évolution humaine*. En *L'Évolution de l'humanité*, (Paris, Bibliothèque de synthèse historique, La Renaissance du Livre), vol. XXVI. Traducido al español: Luciano Febvre y Lionel Bataillon, 1925, *La Tierra y la evolución Humana* (Barcelona, Editorial Cervantes).

Fritz, Kurt von. 1936. Herodotus and the growth of Greek historiography. *Transactions and Proceedings of the American Philological Association*, 67: 315-340.

George, H. B. 1901. The relations of geography and history. Oxford, Clarendon Press.

Gilbert, E.W. 1932. What is historical geography? *Scottish Geographical Magazine*, 48, 129-135.

Glacken, Clarence J. 1996. Huellas en la playa de Rodas: Naturaleza y cultura en el pensamiento occidental desde la Antigüedad hasta finales del siglo XVIII, trad. de Juan Carlos García Borrón. Barcelona, Ediciones del Serbal. [Originalmente: *Traces on the Rhodian Shore: Nature and culture in western thought from ancient times to the end of the Eighteenth Century*. Berkeley, University of California Press, 1967.]

Guelke, Leonard. 1997. The relations between geography and history reconsidered. *History and Theory*, 36 (2): 216-234.

Hartshorne, Richard. 1939. The nature of geography: A critical survey of current thought in the light of the past [reimpresión 1961, con correcciones]. Lancaster, Pennsylvania, The Association of American Geographers. [Originalmente se publicó en *Annals of the Association of American Geographers*, 29 (3-4), 1939].

Hettner, Alfred. 1927. *Die Geographie, ihre Geschichte, ihr Wesen und ihre Methoden*. Breslau, Ferdinand Hirt.

Holdsworth, Deryck W. 2003. Historical geography: new ways of imaging and seeing the past. *Progress in Human Geography*, 27 (4): 486-493.

Holdsworth, Deryck W. 2004. Historical geography: the octopus in the garden and in the fields. *Progress in Human Geography*, 28 (4): 528-535.

Humboldt, Alexander von. 1978. Ensayo político sobre el reino de la Nueva España, 3ª ed. México, Editorial Porrúa. [Originalmente publicado en francés en 1811, con el título citado; primera edición en español, 1966.]

Humboldt, Al. de, et Bonpland, A. 1805. *Essai sur la Géographie des plantes; accompagné d'un Tableau Physique des Régions Equinociales*. Paris, Chez Levrault, Schoell et Campagnie, Libraries.

Huntington, Ellsworth. 1924. The character of races as influenced by physical environment, natural selection, and historical development. New York, Charles Scribner.

Huntington, Ellsworth. 1937. Geography and history. *The Canadian Journal of Economics and Political Science / Revue canadienne d'Economie et de Science politique*, 3 (4): 565-572.

Jäger, Helmut. 1969. *Historische Geographie*. Braunschweig, Westermann.

Koelsch, William A. 1969. The historical geography of Harlan H. Barrows. *Annals of the Association of American Geographers*, 59 (4): 632-651.

James, Preston E., and Martin, Geoffrey J. 1981. *All possible worlds—A history of geographical ideas*, 2nd ed. New York, John Wiley & Sons.

Jones, L.R. 1925. Geography and the university. *Economica*, O.S., 241-257.

Mackinder, Halford J. 1904. The geographical pivot of history. *Geographical Journal*, 23, 421-437. Repr., entre otros, en: *Human geography: An essential anthology*, eds. John Agnew, David N. Livingstone, and Alisdair Rogers (Malden, Mass., Blackwell Publishers, 1996): 536-551.

Marsh, George P. 1864. *Man and nature; or, physical geography as modified by human action*. New York, Charles Scribner's Sons.

Meinig, Donald W. 1989. The historical geography imperative. *Annals of the Association of American Geographers*, 79 (1): 79-87.

Meléndez Dobles, Sylvia. 2002. La historia ambiental: aportes interdisciplinarios y balance crítico desde América Latina. **Cuadernos Digitales: Publicación Electrónica en Historia, Archivística y Estudios Sociales** [Costa Rica], 7 (19), 1-48. Online, acceso mayo de 2006: <http://www.ts.ucr.ac.cr/~historia/cuadernos/c19-his.pdf>

Norton, William. 1984. *Historical analysis in geography*. London, Longman.

Parsons, James J. 1961. *La Colonización Antioqueña en el Occidente de Colombia*, 2^a ed. Bogotá, Banco de la República, Archivo de la Economía Nacional 25.

Ratzel, Friedrich. 1988. *Géographie politique*. Geneva, Éditions régionales européennes. [Originalmente publicado en 1897: *Politische Geographie*, Munich und Leipzig, Verlag von R. Oldenbourg.]

Ratzel, Friedrich. 2001. Le sol, la société et l'État. Chicoutimi, Québec, l'Université Laval, édition électronique réalisée à partir du texte de *L'année sociologique*, 1898-1899, 1900, pp. 7-14. [Collection: "Les classiques des sciences sociales"]. Online, acceso julio 2007: http://www.uqac.quebec.ca/zone30/Classiques_des_sciences_sociales/index.html

Rucínque, Héctor F. 1995. Prólogo [sobre geografía histórica]. En *Tubará: La encomienda mayor de Tierradentro*, por José Agustín Blanco Barros (Santafé de Bogotá, Centro Editorial Javeriano, CEJA, Colección Investigaciones y Memorias, 1995): 17-24.

Sauer, Carl O. 1925. The morphology of landscape. En *Land and life: A selection from the writings of Carl Ortwin Sauer*, ed. John Leighly (Berkeley and Los Angeles, University of California Press, 1967), 315-350. [Originalmente publicado en *University of California Publications in Geography*, vol. 2 (2): 19-54; las citas en el presente trabajo son tomadas de la compilación de Leighly, 1967.]

Sauer, Carl O. 1941. Foreword to historical geography [AAG presidential address]. *Annals of the Association of American Geographers*, 31: 1-24. Repr. in *Land and life: A selection from the writings of Carl Ortwin Sauer*, ed. John Leighly (Berkeley, University of California Press, 1967): 351-379.

Sauer, Carl O. 2006 [1941]. Hacia una geografía histórica. *Geografía en Español* [Montería, Colombia, Universidad de Córdoba], N° 2, 18 p. [Original en inglés: cf. Sauer 1941, supra]. Online, acceso octubre 2007: <http://www.geografiaenespanol.net/Sauer-2006.pdf>

Semple, Ellen Churchill. 1903. *American history and its geographic conditions*. Boston, Houghton Mifflin.

Sorlin, Sverker, and Warde, Paul. 2007. The problem of the problem of environmental history: A re-reading of the field, *Environmental History*, 12 (1), 50\$. Online, acceso: 21 octubre, 2007: <http://www.historycooperative.org/journals/eh/12.1/sorlin.html>

Stewart, Mart A. 1998. Environmental history: Profile of a developing field. *The History Teacher*, 31 (3): 351-368.

Thomas, William L., ed. 1956. *Man's role in changing the face of the earth*. Chicago, The University of Chicago Press.

Trochet, Jean René. 1998. *Géographie historique: hommes et territoires dans les sociétés traditionnelles*. Paris, Nathan.

Van Ausdal, Shawn. 2006. Medio siglo de geografía histórica en Norteamérica. *Historia Crítica* [Bogotá], N° 32: 198-235.

White, Richard. 1985. American environmental history: The development of a new historical field. *Pacific Historical Review*, 54: 297-335.

White, Richard. 1990. Environmental history, ecology, and meaning. *The Journal of American History*, 76 (4): 1111-1116.

Williams, Michael, ed. 2002. *H. C. Darby: The Relations of History and Geography: Studies in England, France and the United States*. Exeter, University of Exeter Press.

Wishart, David. 2004. Period and region. *Progress in Human Geography*, 28 (3): 305-319.

Worster, Donald. 1984. History as natural history: an essay on theory and method. *Pacific Historical Review*, 53: 1-19.

Wynn, Graeme. 2003. Reseña de H. C. Darby, *The Relations of History and Geography: Studies in England, France and the United States*, ed. y comentado por Michael Williams (Exeter, University of Exeter Press, 2002). *H-Environment, H-Net Reviews (Humanities & Social Sciences)*, May. Online, acceso, junio 2003: <http://www.h-net.msu.edu/reviews/showrev.cgi?path=71971056725777>